

Nota.

El Sumo Pontífice Pio VII concedió á los que en público ó en privado practicaren estos piadosos ejercicios: 300 dias de Indulgencia por cada uno de los dias de la novena; y además Indulgencia plenaria á los que, habiéndolos practicado todos los nueve dias, se confesaren y comulgaren el dia de la fiesta respectiva, ó en cualquiera otro de la infraoctava, é hicieren oración al Señor y á la Santísima Virgen, según las intenciones de los Sumos Pontífices.

ORACION.

DEL P. ZUCCHI

A la Santísima Virgen.

¡Oh Señora mia! ¡Oh Madre mia! Yo me ofrezco todo á Vos, y para probaros mi devoción, os consagro en este dia mis ojos, mis oidos, mi lengua, mi corazón, todo mi sér. Y pues que asi soy todo vuestro, oh mi buena Madre, guardadme y defendedme como cosa y propiedad vuestra.

La Santidad de Pio IX, por decreto de 5 de Agosto de 1851, concedió 100 dias de indulgencia por cada vez que rece por mañana y tarde esta devota oración, precedida de

una Ave María. El que la rece todos los dias, ganará indulgencia plenaria una vez al mes, si, recibidos los santos Sacramentos, visita una Iglesia, y ruega por las intenciones de Su Santidad. Estas indulgencias son aplicables á las almas del Purgatorio.

JACULATORIA PARA CUALQUIERA
TENTACIÓN.

¡Oh Señora mía! ¡Oh Madre mía!
Acordaos de que soy vuestro: guardadme y defendedme como cosa y propiedad vuestra.

100 dias de indulgencia. (Pío IX, en el decreto antes citado.)

EFICACIA PRODIGIOSA DE ESTA
ORACIÓN.

En la vida del Padre Zucchi se refieren muchísimos casos que confirman la virtud y eficacia de esta devoción tan fácil y breve.

I. Viajando un mozo noble llegó á Roma, y oyó por dicha suya, predicar al P. Zucchi. Acabado el sermón se fué tras él, y postrándose á sus piés le declaró el mal estado de su alma. Hallábase dominado de una costumbre de pecar, y aunque deseaba mudar de vida, no tenía fuerzas para romper la pesada cadena. Dícele el Padre: *No tengas cuidado, la gracia del Señor te ayudará. Basta que te confieses siempre que vuelvas á caer en ese pecado. Si quieres, ven con migo, que yo te recibiré con los brazos abiertos.* Alentado el mozo con estas caritativas razones se volvió á confesar muchas veces con el Padre, pero sin dar muestras de convertirse, ni dejar aquel hábito; hasta que un dia le dijo el buen confesor: *Yo te quiero poner especialmente bajo la protección de María Santísima. Si tú la tomas por Señora y Madre, y la quieres honrar y servir como fiel siervo, y amar con filial ternura*

como hijo cariñoso, yo te prometo que ella te alcanzará los auxilios que necesitas para salir de la esclavitud del demonio. En prueba de que tomas á la Virgen por Señora y Madre, no exijo de tí mas, sino que le reces todas las mañanas al levantarte, y todas las noches antes de acostarte, una Ave María y esta oración: ¡Oh Señora mía! ¡Oh Madre mía! etc., y beses tres veces el suelo. Si entre día te tienta el demonio para que vuelvas á cometer ese pecado, dí al instante: ¡Oh Señora mía! ¡Oh Madre mía! Acordaos de que soy vuestro: guardadme y defendedme como cosa y propiedad vuestra.

Quedó muy consolado aquel pobre pecador, viendo que tenía remedio su espiritual dolencia; ofreció ejecutar puntualmente cuanto el Padre le había aconsejado, y desde aquella misma noche empezó á cumplir su palabra. Mas debiendo partir de Roma, fué á despedirse del

Padre, y le volvió á prometer que no dejaría de rezar aquella oración y el *Ave María* al levantarse y al acostarse. No supo más de él el Padre, hasta que volviendo el mozo á pasar por la ciudad de Roma, fué corriendo á buscar á su Padre espiritual y se confesó con él, pero tan trocado, que el Siervo de Dios no le conocía. El Padre al referir este caso solía decir: *Me parecía estar oyendo confesar á un santo.* Admirado de tan extraña mudanza, le preguntó ¿cómo se había obrado en él tan gran prodigio? “¡Oh Padre de mi alma, le contestó el penitente; debo mi enmienda y mi salvación á aquella breve plegaria que Vd. me enseñó, y que no he dejado de rezar ni siquiera un día; lo mismo que la otra jaculatoria para el momento de la tentación. Yo invocaba á María Santísima por la mañana y por la noche: acudía á ella siempre que el demonio me acosaba, ó cuando se revelaba la

carne contra mí, y gracias á su poderoso amparo, nõ he vuelto á caer."

2. Refiriendo este suceso en un sermón el mismo Padre, se resolvió á emplear este remedio uno do los que le estaban oyendo predicar. Apartándose de su amigo, que le había arrastrado á cometer abominables crímenes, empezó á rezar todas las mañanas y todas las noches la susodicha oración, y no tardó en llegar á ser tan virtuoso como había sido criminal. A los seis meses le armó el demonio un lazo, en que le habría cogido si no hubiera sido por el auxilio de María. So pretexto de convertir á su antiguo amigo, le proponía el demonio que volviese á su casa, y reanudase su amistad. Seducido el jóven inexperto con la apariencia de bien que en aquello veía, sube las escaleras, acércase á la puerta, coge el pestillo, pero en aquel instante una voz interior le dice: *No entres*. Y acordándose de la jaculatoria, y de lo

que oyó al Padre Zucchi, exclama: *¡Oh Señora mia! ¡Oh Madre mia! Acordaos de que soy vuestro: guardadme y defendedme como cosa y propiedad vuestra*. Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando siente que le cojen por la mano, le sacan de aquel peligro, y le conducen á su propia casa, sin ver ni saber quién le había hecho este beneficio.

3. Fué á predicar en un pueblo el Padre Zucchi, donde vivía cierta señora, la cual tenía un hijo tierno en los años, pero encallecido en los vicios. Fuese llorando al Padre, y le dijo la pena que oprimía su maternal corazón. *Envieme Vd. á su hijo*, le respondió el Siervo de Dios. Ella fué corriendo, y se lo dijo al muchacho. Satisfecho este de que quisiera verle un hombre tan célebre, se presentó al instante, y quedó preso en las redes amorosas de aquel caritativo cazador de las almas, prometiéndole rezar todos los

días la oración á la Virgen, y la jaulatoria en las tentaciones. Pasado algún tiempo, volviendo el Padre al mismo pueblo, aquella buena señora se le echó á los piés llorando de alegría y le dijo: "Dios se lo pague á Vd., Padre mio; yo no sé como mostrarle mi reconocimiento. Mi hijo era un demonio, y Vd., con su oracioncita á la Virgen, le ha trocado en un santo y en un ángel del cielo."

4. Un oficial de alma noble y generosa, pero de corazón corrompido, oyó casualmente un dia al Padre Zucchi aconsejar la práctica de una devoción tan breve y tan fácil. Y dijo entre sí. "Esta oración me gustó; no parece sino que la han hecho para militares. Es cortita; toda sustancia y fervor." Movidó de estas razones empezó á rezarla, y dentro de poco tiempo, con asombro suyo, se vió libre de aquella infame pasión.

Por Octubre de 1846 un sábio y

virtuoso sacerdote escribió á un ilustre Prelado del Piamonte lo siguiente: "Excelentísimo é Ilustrísimo Señor: Cinco años ha que aconsejo á todos los que acuden á mí, que recen á la Virgen una oración que encontré en las obras del célebre historiador el Padre Bártoli. No hay palabras para referir las gracias que se han conseguido por medio de tan breve y sencilla devoción, y lo bien que paga Nuestra Señora á los que constantes le tributan este pequeñísimo homenaje de filial devoción. Haga V. E. que se imprima en gran número, y se dé á los jóvenes de ambos sexos que el Señor ha confiado á su cuidado y solicitud pastoral, y V. E. verá bien presto los buenos efectos que produce. No temo quedar por embustero."

Con el tiempo se reimprimió también en Francia, y repartiéndola, es increíble el bien que produjo, y cuántos jóvenes trajo á verdadero

arrepentimiento, y á que recobrasen por intercesión de la Virgen la joya inestimable de la castidad, que hacía mucho tiempo habían perdido. Los Padres de la Compañía de Jesús, y todos los que se dedican á la educación de la juventud, pueden atestiguar de qué manera se complace todavía Nuestra Señora en bendecir esta plegaria.

Los siguientes casos, sucedidos en Francia, demuestran que la oración y jaculatoria susodichas, no han perdido un punto de su prodigiosa eficacia. Oigámoslos de boca del mismo que los presenci6:

1. Un niño de quince años que todavía conservaba la inocencia bautismal, fué puesto por sus padres en cierto colegio á donde yo iba con frecuencia. Mantúvose en tan feliz estado en aquella casa, hasta que por desgracia se juntó con uno de sus compañeros, verdadero ministro del demonio, y uno de aquellos amigos cuya pérfida a-

mistad es más perjudicial que el odio del infierno. Los funestos efectos se notaron muy luego, de modo que apenas le conocían sus maestros y discípulos. Perdida su acostumbrada alegría, se apoderó de su alma un humor melancólico. Disgustado del estudio, olvidado de sus ejercicios de piedad, y hasta de la Confesión y Comunión, que eran ántes todas sus delicias, buscaba alivio en las disipaciones y pasatiempos mas peligrosos. Algunas veces, no hallando consuelo, y acosado de crueles remordimientos, deseó romper aquella infame cadena, quiso hacer algun esfuerzo, pero su indigno compañero se lo disuadió, y aquel corazón tan noble tuvo que soportar por espacio de más de dos años el yugo pesadísimo de una pasión degradante. Por último, hicieron ejercicios espirituales todos los alumnos, y en aquellos dias la gracia del Señor le dió luz y fuerza para salir de tan infeliz cautiverio. Mu-

chas fueron las tentaciones del enemigo, y de su misma naturaleza mal inclinada y acostumbrada al vicio; pero no fué vencido ni durante los ejercicios ni en todo el mes siguiente. ¡Pero todavía le guardaban nuevas derrotas! Confiado en sus propias fuerzas, pensó que ya no volvería á perder el tesoro que había recuperado. Fué dejando poco á poco la frecuencia de Sacramentos que entabló después de los ejercicios; no acudía como en los días pasados al Señor en las tentaciones; y bien revelaba su rostro el infeliz estado de su alma. Un día que le hallé solo en un sitio retirado, discurriendo sobre los medios de escaparse del colegio, para entregarse á una vida licenciosa, conociendo su mal intento, procuré sosegarle, aconsejándole que todos los días al levantarse y al acostarse rezase de rodillas la oración: *¡Oh Señora mia! ¡Oh Madre mia!* añadiendo una *Ave María*, y besando

el suelo. Al oír que había remedio, y tan fácil, renació en aquel corazón abatido la esperanza. Fué á confesarse luego, y empezó desde aquella noche á practicar la devoción del Padre Zucchi, repitiendo la jaculatoria cuantas veces sentía alguna tentación. Sin embargo, como se descuidase dos ó tres veces en acudir á María, con harto sentimiento y daño suyo aprendió que solamente de su amparo podía esperar fuerza para resistir y vencer á tan porfiado enemigo. Pero permaneciendo fiel y constante en invocarla, logró completa victoria y ya enteramente libre de aquella cadena, entró y persevera en cierta Congregación consagrada á la educación de la juventud. *¡Qué feliz era yo en otro tiempo!* me decía una vez. *¡Y qué tesoro tan grande perdí!* *Ahora que lo conozco, me quiero dedicar á preservar á otros de la desgracia en que yo caí, esperando*

que el Señor me conceda otra vez aquella joya que antes poseía.

2. Había en un colegio, dice el mismo que presenció el caso, cierto alumno de unos diez y seis años de edad, cuya modestia y jovialidad, unidas á una observancia exactísima, le recomendaban como modelo á todos sus compañeros. Sobre todo, brillaba por su virginal candor; bastaba mirarle á la cara para convencerse de que la culpa mortal no afeaba la pureza de su hermosa alma. Habiendo oido el jóven predicar contra el escándalo, y declarar la responsabilidad que pesa sobre el que pervierte á otro, vino á mí deshaciéndose en lágrimas, ponderando cuánto le había asustado aquella plática; y después que procuré sosegarle, me refirió toda su vida en estos términos:—Padre mío, yo, hasta la edad de once años, fui muy modesto y recatado, mientras no me había apartado del lado de mi madre, mas poco antes de venir

aquí, estando en el campo, otro de mas edad me hizo cometer un pecado, y desde aquel punto se acabó para mí toda felicidad, alegría y sosiego. Pero mi mayor desgracia fué que yo empecé á pervertir á otros de mi edad. Cuando entré en el colegio, tenía ya la costumbre de cometer graves pecados, y estaba persuadido de que no era posible enmendarme, y me avergonzaba de mí mismo. Reparaba que había entre los compañeros algunos que se distinguían por su modestia, que eran los Congregantes, y yo deseaba ser como ellos. No sabiendo ellos que yo fuese tan malo, me instaban para que entrase en la Congregación. Por aquel tiempo leí una oración que empieza así: *¡Oh Señora, mia! ¡Oh Madre mia!* con la narración de algunas conversiones que por rezarla habían tenido lugar. Animado y lleno de esperanzas, empecé á practicar aquella devoción diariamente, me confesé, y creció